

LA
NOVIA DEL REY

CUENTO

DE E. T. A. OFFMANN

ADVERTENCIA

En la hoja anterior termina el último cuento de *Los mil y un fantasmas*; en él hemos seguido la compaginación para que pueda encuadernarse junto. El personaje que más figura en sus páginas es el célebre novelista alemán Offmann, cuya reputación es europea. Creemos que nuestros lectores se alegrarán de que aún tengamos medio tomito de que disponer, pues á esta circunstancia deberán el conocer un preciosísimo cuento de este autor, cuento que aún no se había traducido al castellano, y cuyo argumento jovialmente fantástico forma un agradable contraste con las páginas lúgubres que se acaban de leer.

LA
NOVIA DEL REY

CAPÍTULO PRIMERO

Por donde se sabe la cualidad y posición de varios personajes, y se preparan, de un modo muy agradable, hechos sorprendentes y milagrosos que se contarán en el capítulo siguiente

Jamás se había visto mejor año : verdeaban y florecían en los campos el trigo y el centeno, la cebada y la avena ; los aldeanos jóvenes se iban á la taberna, los animales á los pastos ; los guindos tenían frutos que los gorriones, á pesar de su gran deseo de picotearlos, se veían obligados á dejar para el día siguiente. La naturaleza tenía puesta la mesa, y sus hijos se regalaban gozosamente en tan espléndido banquete.

Pero especialmente parecía que había caído la bendición de Dios sobre el huerto del señor Dapsul de Zabelthau, y las legumbres habían nacido en él tan excelentes y abundantes, que Anita estaba loca de alegría.

Ante todo, es necesario que sepa el lector quiénes eran el señor Dapsul de Zabelthau y la señorita Ana.

Supongo, amadisimo lector, que en uno de tus viajes, te hallas en las fértiles campiñas que riega amorosamente el hermoso río del Mein. Las brisas de la mañana acarician con sus tibios alientos la llanura que el sol naciente ha dorado con sus brillantes rayos. No puedes sufrir por más tiempo el verte encerrado en tu estrecho carruaje, lo mandas parar, bajas, recorres el bosque, y ya descubres por entre los árboles un pueblecillo situado en medio del valle. De repente, y hallándote en el mismo bosque, te sale al encuentro un hombre alto, delgado y cuyo estrambótico vestido te llama desde luego la atención. Tiene un sombrero de fieltro, color de ala de mosca y remangado, cubriendo una peluca negra como el azabache; un ropaje pardo que le llega desde la cabeza hasta los talones: chupa, chaleco y calzón pardos, medias y zapatos idem; en fin, hasta su bastón está barnizado del mismo color.

De este modo se te acerca el desconocido, con las piernas esparrancadas, abriendo, para verte bien, sus ojos hundidos bajo sus cejas, y pareciendo al mismo tiempo que no te ve.

— Buenos días, señor; le gritas, al verle ya tan próximo que está á punto de tropezar contigo.

Él, al oír estas palabras, se estremece como si le sacaran repentinamente de un profundo sueño; meneas tu gorro y te dice con hueca voz y lagrimoso acento: Buenos días, caballero; ¡muy contentos debemos estar por tener tan hermoso día! ¡Pobres habitantes de Santa Cruz! ¡En este mismo instante padecen dos temblores de tierra y les cae la lluvia á torrentes!

Tú, querido lector, no sabes qué responder á un hombre tan singular, y mientras que piensas en lo que has de contestarle, se acerca él más y diciéndote: Con vues-

tro permiso, caballero; te pasa sus dedos por la frente y mirando la palma de tu mano, añade:

— El cielo os bendiga, caballero: tenéis muy buena constelación.

Y dicho esto con la misma voz hueca y el mismo acento lagrimoso, prosigue su camino.

Pues bien, lector: ese hombre incomprensible se llama Dapsul de Zabelthau, cuyos pobres dominios patrimoniales están reducidos al pueblecillo de Dapsulheim en que vas á entrar, y cuya risueña y pintoresca posición ha encantado repentinamente tus miradas. Quieres almorzar: el mesón parece muy triste y muy pobre. Le han consumido todas las provisiones en la última fiesta de la parroquia, y como no puedes almorzar solamente leche, tú dirigen á la casa del señor, donde la señorita Ana te dará hospitalidad y cuanto haya en su despensa. Puede asegurarse que la casa señorial tenia puertas y ventanas como el castillo del señor barón de Tondertenkronk en Westfalia, y se veía brillar en el dintel de la puerta principal las armas de la familia de Zabelthau, cinceladas en madera con un arte digno de los habitantes de la Nueva Zelândia.

Lo que da á esta casa un aspecto verdaderamente especial, es que está pegada por la parte del norte á las murallas del recinto de un fuerte castillo arruinado: la puerta de la espalda, que era la antigua puerta principal del castillo, conduce inmediatamente al patio antiguo donde se alza, todavía intacta y respetada por el tiempo, una torre alta y redonda en forma de mirabel.

Por esta puerta, coronada con las armas de la familia, se acerca para salirte al encuentro una joven de frescas y rosadas mejillas, ojos despejados y azules, cabellos rubios; linda, en una palabra, si bien quizás algo gruesa y redondilla. Es la misma amabilidad: te ruega que entres en su casa, y espiando lo que necesitas, te sirve

riquísima leche, gran rebanada de pan con manteca, jamón del país, que por el apetito que tienes se te figura de Bayona, y en fin, como bebida, un vasito de aguardiente de remolacha. Y entonces la joven, que no es otra que la señorita Ana de Zabelthau, te habla ingenuamente y con soltura de todo lo que concierne al gobierno de la casa y del huerto, y manifiesta en tales materias conocimientos nada comunes.

De improviso resuena en los aires un grito fuerte y terrible: ¡ Ana! ¡ Ana! ¡ Ana!

Tiemblas en seguida de espanto, y la señorita Ana te dice, para tranquilizarte:

— Papá ha vuelto de su paseo y me llama desde arriba, desde su gabinete de estudio, para que le suba el almuerzo.

— ¿Llama... desde su gabinete de estudio? preguntas sorprendido á la joven.

— Sí, responde la señorita Ana ó más bien Anita, como dice la gente del país; el gabinete de estudio de papá, está allá arriba en la torre y me llama con su bocina.

Entonces ves, querido lector, que Anita abre la puertecilla de la torre y sube corriendo la tortuosa escalera, llevando á su papá, como antes á ti, el almuerzo de tenedor, gran cantidad de jamón, gran pedazo de pan, y buen vaso de aguardiente hecho con remolacha. Vuelve Anita y te lleva á su precioso huerto, y te habla mucho del plumaje abigarrado, del rhapsodicum, del turneps inglés, de la cabecilla verde, del granmogol, de la cabeza del príncipe amarillo, etc.: de lo que te asombras sin entender nada, porque ignoras que tan ilustre nomenclatura significa pura y simplemente coles y ensalada.

Ya te has instalado, querido lector, en el castillo de Dapsulheim, y creo que tan corta visita habrá sido suficiente para conocer á los habitantes del castillo, sus cos-

tumbres y caracteres, y para adivinar ya los hechos milagrosos y apenas creíbles de que te voy á hablar en los capítulos siguientes.

El señor Dapsul de Zabelthau, apenas había salido, durante su juventud, del castillo de sus padres, poseedores de bienes cuantiosos. Su dómine, viejecillo extravagante, después de haberle enseñado los idiomas extranjeros y especialmente los orientales, había inspirado gusto á su joven discípulo por la misticidad ó más bien por el misticismo y las ciencias ocultas.

El joven Dapsul, cuando murieron sus padres, emprendió largos viajes, visitando primero el Egipto y las Indias, según el itinerario que le había trazado su dómine: volvió al cabo de algunos años; pero es el caso que un primo suyo había administrado tan bien sus bienes, durante su ausencia, que no le quedaba más que el pueblecillo de Dapsulheim. El señor Dapsul de Zabelthau aspiraba con demasiado ardor á las riquezas misteriosas de una región elevada y próxima al sol, para tomarse el trabajo de pensar en los bienes de la tierra. Dióle, pues, las gracias á su primo por haberle conservado la encantadora villa de Dapsulheim y sobre todo la torre alta, aquel hermoso observatorio que parecía edificado expresamente para hacer cálculos astronómicos: desde entonces mandó el señor Dapsul de Zabelthau que se preparase su gabinete de estudio en la parte más alta de la torre.

El primo, tan amigo siempre de complacer, convenció á Dapsul de que debía de casarse, y éste, sabiendo ya que era una necesidad, se casó inmediatamente con la señorita que le había aquél escogido.

La señora no hizo más que entrar y salir en la casa señorial de Dapsulheim, pues murió al poco tiempo dando á luz una niña. El primo se encargó del matrimonio, del bautismo y del entierro, y Dapsul encerrado en

su torre apenas supo lo que pasaba abajo, tanto menos cuanto que acababa de aparecer en el cielo un cometa muy notable, y siendo un astrólogo melancólico y que siempre estaba presintiendo desgracias, creía que tenía algo que ver con él aquella constelación de cola. La pequeñuela, confiada á los cuidados de una tía anciana, mostraba con gran placer de ésta, decidida afición á los trabajos del campo. Así, pues, la señorita Ana se vió en la precisión, como suele decirse, de llevar el mosquete: primero estuvo en el corral, después fué criada, después mayordomo y después, en fin, ama de casa; de modo que la provechosa práctica ilustraba y fortificaba incesantemente la teoría. Amaba de un modo inusitado los ánsares, patos, gallinas, pichones, ganados y ovejas. La raza tierna y delicada de los cochinitos de leche no le era en manera alguna indiferente; pero tampoco los apreciaba tanto que adornase á algún animalito, como cierta señorita de no sé que país, con cintas y cascabeles, para convertirlo en favorito suyo como se hace con los perritos de sala.

Lo que más le gustaba, sin embargo, era el huerto. Gracias á la erudición de su tía en horticultura, Anita había adquirido muy notables conocimientos teóricos en punto á legumbres, como habrá podido observarlo nuestro benévolo lector en la conversación que acaba de tener con ella. Cuando llegaba el tiempo de cavar la tierra, sembrar zanahorias ó plantar coles, Anita no se contentaba con dirigir todos los trabajos, sino que ella también ponía manos á la obra. Tomaba una azada enorme, que manos colosas se veían en la precisión de abandonarle, y mientras que el señor Dapsul de Zabelthau estaba absorto en sus contemplaciones astrológicas y otras sabias ocupaciones, la señorita Ana reemplazaba en el destino de ama de casa á su anciana tía que acababa de morir: mientras que Dapsul miraba al cielo, la joven

pensaba en la tierra con tanta disposición como celo.

No era, pues, un milagro el que Anita estuviera loca de alegría como ya hemos dicho al ver que aquel año prosperaban grandemente las legumbres; y lo que más le entusiasmaba era un soberbio cuadro de zanahorias que le prometía cuantiosos provechos en el mercado.

¡Queridas zanahorias! ¡preciosas zanahorias! exclamaba sin cesar la señorita Ana, batiendo las palmas, saltando y bailando junto al cuadro de legumbres, y gesticulando como un niño gozoso por haber recibido un buen regalo de Pascuas. Cualquiera hubiera creído que las tales zanahorias participaban del regocijo de Anita, pues se oyó una risita sutil, cuyo sonido salió de entre ellas. La señorita Ana no hizo alto en esto y echó á correr al encuentro de un criado, que desde lejos levantaba una carta en sus manos y le gritaba: Es para vos, señorita Ana; Gottlieb acaba de traerla de la ciudad.

Anita conoció al momento, sólo con ver el sobre, que la carta era del joven Amando de Nebelstern, único hijo de un vecino propietario, y que entonces estudiaba en la universidad.

Desde que Amando había vivido en casa de su padre y extendido sus paseos diariamente hasta Dapsulheim, estaba convencido de que jamás podría amar á ninguna mujer más que Anita. Ésta por su parte sabía muy bien que no le sería posible á su corazón sentir mayor dulzura por otro hombre que por Amando. El hermoso moreno Amando y Anita habían convenido, pues, en casarse lo más pronto posible y en formar la pareja más feliz que puede haber en el mundo.

Amando era un joven excelente, muy jovial y muy ingenuo; pero Dios sabe en qué manos cayó en la universidad: le persuadieron á que tenía genio eminentemente poético y talento prodigioso y extraordinario, con cuyo motivo nuestro poeta se puso á escribir. Tal fué la

felicidad con que salió del paso, que ya al poco tiempo había dejado á sus espaldas todo eso que personas groseras y prosaicas se atreven á llamar inteligencia y razón, lo cual, según añaden erradamente las mismas personas, puede acordarse muy bien con la imaginación más veloz y fantástica. La carta que la señorita Ana acababa de recibir, era en efecto de Amando de Nebelstern : ella la abrió con gran alegría y leyó lo que sigue :

« ¡ Joven celestial ! ¡ Ves, comprendes, adivinas en este momento el inmenso placer de tu querido Amando ?

» Rodeado con los perfumes del naranjo, que traen consigo los frescos alientos de la tarde, coge flores, se tiende en el césped, mira al espacio, y sus ojos expresan una devoción amorosa y un religioso deseo : reúne tomillos, alhucema, rosas, claveles, narcisos de ojos amarillos y púdicas violetas, y teje con sus manos una corona. Las flores de la corona son pensamientos amorosos, pensamientos que se dirigen á ti, oh Ana. Pero ¿ hay labios inspirados que puedan expresarse en vil prosa ? Oye, oye cómo sé amar y hablar de amor en un soneto :

Muestra en chispas amor su fuego ardiente :
 Á amantes pechos el placer festeja,
 Y el cielo el brillo de su luz refleja
 De lágrimas de amor en un torrente.

El fruto dulce, tú, ¡ gozo inclemente !
 Pudres, que jugo amargo nacer deja :
 Llámame el ansia con su luz bermeja,
 Y destroza el pesar mi vida hirviente.

El fuego corre cual bullente río :
 En el abismo el nadador perece,
 Mas antes por subir gasta su brío.

Sobre el volcán la anémona florece ;
 Así la flor del sentimiento mío !
 Toda otra flor junto á ella palidece.

» ¡ Oh Ana ! ojalá que en el momento en que leas este soneto, que es el mejor que se ha compuesto en el mundo, te agiten los mismos transportes celestiales que estremecían todo mi ser mientras lo escribía, y mientras lo leía después bajo la magnética influencia de la inspiración divina !

» Piensa, ¡ ay ! piensa incesantemente, joven encantadora, en tu fiel amante, en el más feliz de los hombres !

» AMANDO DE NEBELSTERN. »

» P. D. No te olvides, oh virgen sublime, de enviarme, con tu respuesta, algunas libras de tabaco de Virginia que cultivas por ti misma : arde bien y tiene mejor gusto que el de Puerto Rico, que fuman aquí los compañeros cuando van á clase. »

Anita clavó sus labios en la carta, exclamando :
 « ¡ Qué bien escribe ! ¡ cuánta ternura ! ¡ Y los preciosos versos qué lindamente riman ! ¡ Ah ! si yo fuera sabia lo bastante al menos para comprenderlo todo... pero los estudiantes son los únicos que entienden estas cosas. ¡ Qué me querrá decir con hablarme de todas esas plantas ! ¡ Ah ! sin duda quiere darme á entender que piensa en las zanahorias rojas, las inglesillas y el repollo : ¡ qué guapo es !

Aquel mismo día cogió la señorita Ana el tabaco, lo empaquetó, y llevó al maestro de escuela doce de sus mejores plumas rogándole que se las cortase con el mayor cuidado posible. Quería poner por obra en aquel mismo día la contestación á la preciosa carta de Amando.

Por lo demás en el momento en que Anita salió del huerto, resonó la misma risita sutil que había resonado

antes, y si ella hubiera querido poner atención, hubiera oído con mucha claridad ciertas vocecitas que le gritaban: Sácame, sácame de la tierra; ya estoy madura, madura, madura.

Pero la señorita Ana, como ya hemos dicho, no reparó en ello.

CAPÍTULO II

Donde se contiene el primer Acontecimiento Milagroso, y otros sin los que no puede existir el cuento prometido

El señor Dapsul de Zabelthau bajaba generalmente á medio día de su torre astronómica, para comer frugal, reducida y sobre todo silenciosamente con su hija: al señor Dapsul no le gustaba hablar. Anita se guardaba muy bien de importunarle con sus discursos; y sabía por otra parte que si su papá llegaba á tomar la palabra, todo lo que hacía era soltar un intrincado galimatías que le obligaba á volver la cabeza á otro lado; pero aquel día, la próspera cosecha de legumbres que esperaba, y la carta del enamorado Amando le causaron tanto gozo, que charlotéó sobre dos asuntos á la vez sin detenerse siquiera á respirar. Esto llegó á tal extremo, que el señor Dapsul de Zabelthau dejó caer su cuchillo y su tenedor y exclamó tapándose los oídos: « ¡Cuántas palabras huecas! ¡qué cháchara tan atroz! » y después viendo que Anita asustada al oír esta riña guardaba

silencio, añadió con tono lento y lagrimoso, según su costumbre:

« Por lo que hace á las legumbres, ya sabía yo, querida hija mía, ya sabía yo, repito, hace mucho tiempo, que los astros serian favorables á esta especie de producciones y que el hombre terrestre comería muchas coles, rábanos y ensalada, con el objeto de aumentar la materia y de conservar bien en sí mismo el fuego del alma universal, como en un puchero bien hecho y mejor tapado. El principio gnómico podrá resistir á la salamandra enemiga, y yo me alegro de comer nabos, plato que sabes preparar divinamente.

» Por lo que hace al joven Amando de Nebelstern, ningún obstáculo hallo para que no te cases con él, cuando vuelva de la universidad. Sólo te encargo que no te olvides de avisarme por medio de Gottlieb el día en que tu novio haya de llevarte al altar, para acompañaros á la iglesia. »

Calló el señor Dapsul por un momento, y luego sonriéndose y dando golpecitos con el tenedor en el vaso, cosas ambas que siempre solía hacer á un mismo tiempo y que hacía muy pocas veces, continuó, sin mirar á Anita, en cuyo rostro brillaba la más pura alegría: « Tu novio es un hombre que ha ó tiene de ser... quiero decir, que es un gerundio (1), cuyo horóscopo tengo ya hecho hace tiempo.

» Las constelaciones son todas favorables: veó primero á Júpiter, después á Venus con aspecto sextil; pero Sirio las separa, y precisamente en el punto de la intersección veo un gran riesgo, de que debe salvar Amando á su novia. No puedo en verdad decir de qué género es el tal

(1) El grave astrólogo anda aquí en retruécanos con el nombre de Nebelstern; Amando, gerundio del verbo latino *amare*; *amandus* que ha ó tiene de ser amado.